

La literatura infantil o cómo instruir deleitando

La literatura infantil y juvenil se ha convertido en pocos años en un elemento omnipresente en la vida de la escuela. No es tanto que los docentes y los alumnos la disfruten en las inexistentes bibliotecas escolares o en tiempos horarios destinados a leer gratuitamente, sino más bien se trata de una presencia amenazante que, a modo de espada de Damocles, siempre pendiente, obliga a tenerla en cuenta y no olvidarla en la tarea de hacer lectores.

La literatura infantil se presenta en las escuelas como una tentadora oferta editorial que siguiendo el eslogan de *instruir deleitando* pretende convertirse en un recurso decisivo para disminuir los déficits lectores, diseñar actividades pedagógicas, incrementar vocabulario, analizar estructuras narrativas o discutir en un libro-forum sobre la ética del protagonista, sin caer en la cuenta de que los libros de literatura infantil y juvenil no son un recetario o un manual de instrucciones que sirva para resolver las materias escolares o la vida.

Introducir la literatura infantil y juvenil en la escuela supone principalmente ofrecer a los alumnos la oportunidad de conocerla, seleccionar un corpus de títulos que pueda ser verdaderamente comprendido y trazar, con los buenos textos, un itinerario de lectura que posibilite no sólo el consumo de argumentos sino la construcción de un lector literario a lo largo de toda la escolaridad.

Un gran valor de la literatura infantil y juvenil actual es su oferta de temas: fantasía, humor, aventura, misterio, conflictos familiares, búsqueda de la propia identidad y la presencia de una gran variedad de registros estéticos y literarios.

Desde excelentes libros de imágenes, narraciones llenas de diálogos directos, hasta el lirismo de algunos textos capaces de explicar las hondas preocupaciones de la infancia. Estas características permiten, sin duda, conectar con los intereses de cualquier niño y adolescente.

Sin embargo, nos preocupa que estos valores, que deberían ser motivadores, sirvan de coartada para la utilización instrumental de esta literatura y que, como consecuencia y sin mayor reflexión, sus obras pasen a formar parte de una lista de lecturas obligatorias orientada a las didácticas especiales: ética, historia, literatura...

La literatura infantil necesita de la presencia de bibliotecarios escolares y de otros docentes que sean expertos lectores, conocedores y entusiastas de las obras que proponen leer a los aprendices. Profesionales que sean capaces de transmitir el gusto por la literatura, y el desafío de enfrentarse a textos sin tener que realizar al finalizar la lectura un resumen sobre el argumento de la obra.

Sin negar la importancia que tiene la presencia de las obras infantiles en el ámbito escolar, queremos hacer una llamada de atención sobre la verdadera potencialidad de estas obras: formar lectores, motivar para leer, proponer caminos de acceso a la literatura.

Al igual que los bonsais que se cultivan para los nietos, la tarea en la que nos vemos implicados es a largo plazo, no podemos exigirle un control y un rendimiento directo a la literatura infantil porque supondría matar a la gallina de los huevos de oro.

Así mismo, entendemos que la literatura infantil necesita hacerse presente en la sociedad en otros espacios que no sean exclusivamente los escolares. La casa, los medios de

comunicación, las bibliotecas... deberían constituirse en lugares por los que circularan las buenas historias, los buenos cuentos, las narraciones que nos invitan a pensar y a disfrutar a través de las palabras literarias de sus creadores.